

Lice 5/72

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA
VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE
HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTORESCO.
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA
EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.
VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:
las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
producción, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA
CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:
los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA
EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

- Madrid.
- Toledo.
- Ciudad-Real.
- Cuenca.
- Guadalajara.
- Zaragoza.
- Huesca.
- Teruel.
- Barcelona.
- Tarragona.
- Lérida.
- Gerona.
- Palencia.
- Alicante.
- Castellón.
- Murcia.
- Albacete.
- Córdoba.
- Jaén.
- Granada.
- Almería.
- Málaga.
- Sevilla.
- Cádiz.

- Huelva.
- Badajoz.
- Cáceres.
- Leon.
- Salamanca.
- Zamora.
- Oviedo.
- Burgos.
- Valladolid.
- Palencia.
- Ávila.
- Segovia.
- Soria.
- Logroño.
- Santander.
- Alava.
- Guzpecoa.
- Vizcaya.
- Coruña.
- Lugo.
- Orense.
- Pontevedra.
- I. Baleares.
- Navarra.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, n.º 24 y 26.
1872.

ISLA
DE CUBA.

ISLAS
CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

Comunidad, especie de confederacion á la par militar y política de pueblos, que gozaban de propia autoridad y gobierno propio, en la cual ninguna influencia tenían los barones, y cuyos notables privilegios consistían: en la exclusiva admision de los *pecheros* á los cargos de la comunidad con pena de muerte para los hidalgos, caballeros y escuderos que en ellos quisieran tener parte, y en el auxilio mútuo que para comprar cuantos terrenos y heredades poseyeran en el distrito los nobles y los privilegiados extranjeros, debían entre sí prestarse los miembros de aquella. Sus deberes consistían únicamente en defender el territorio de los ataques exteriores, y al monarca, de los que por parte de los señores feudales pudieran dirigirsele, dándole auxilio igualmente contra ellos, cuantas veces lo necesitara y reclamase. Tuvo lugar esta institucion de Calatayud en comunidad, á la que siguieron las de Daroca y Teruel, a los diez años de su incorporacion á la monarquía aragonesa, esto es en 1130.

Muerto el *Batallador* cuatro años despues y proclamado sucesor Ramiro II el *Monje*, el estado anárquico del reino y la rebelion de los navarros, movieron á Alfonso VII de Castilla á intentar hacer valer por medio de las armas los derechos que á la corona aragonesa creía tener, y penetrando con gran golpe de tropas en el territorio, se apoderó de varias ciudades, y entre ellas, no sin trabajo, de Calatayud.

Cinco años permaneció en su poder, pues aunque antes celebráronse paces entre él y el aragonés por intervencion del conde de Barcelona, fue una de las ciudades que Alfonso se reservó y solo en 1140 la devolvió con cuantas habia retenido, á Ramon Berenguer IV de Barcelona, que por su matrimonio con la hija de Ramiro II, D.^a Petronila, habia reunido a la condal corona la diadema real del Aragon; á esta devolucion solo impuso, la condicion, el castellano, de que los territorios objeto de ella, se consideraran como feudo suyo.

Así continuaron las cosas hasta que fallecido Alfonso VII en 1158, tomó de aquí pretexto el Conde-Rey, para dar por caducada esta estipulacion, y no aviniéndose á ello Alfonso VIII que, por muerte del sucesor del *Emperador*, Sancho III apenas rey un año, ocupaba á la sazón el trono de Castilla, celebraron ambos varias entrevistas en Noxama donde se estipuló que este no tendria castillo ni lugar alguno en la comarca de Aragon, pero quedando obligados así aquel como sus sucesores, á la prestacion de homenaje por los territorios causa de la controversia, y á acudir á las cortes de Castilla, siempre que fueren llamados.

Nuevas guerras surgieron posteriormente entre aragoneses y castellanos, en las que padeció mucho la comarca de Calatayud, talada en 1181 por estos, hasta que saliéndoles al encuentro Alfonso II logró rechazarles, y aun persiguiéndoles, causarles no poco descalabro.

Sabemos cual fuera el doble objeto de el *Batallador* al fortificar la ciudad y al erigirla en cabeza de Comunidad, y si bien hasta ahora no hemos visto muy satisfactoriamente cumplido el primero, vamos á ver como llenó el segundo.

Reinaba en Aragon D. Jaime I desde 1213, cuando inquieta y malcontenta la nobleza, aprovechó en 1225 la oportunidad que la muerte dada á Pedro de Ahones por el grave desacato que cometiera respecto al rey, le ofrecia, alzóse en armas,

arrastrando en su movimiento de grado ó por fuerza á las ciudades del reino y proclamando monarca á D. Fernando, tío del legítimo soberano.

Solo Calatayud permaneció fiel á este, y de tal manera y con tal esfuerzo hubo de defenderle, que su apoyo fue bastante á contener aquel torrente, y á decidir en favor del derecho y la justicia aquella formidable contienda.

El Aragon, la España, la cristiandad en mása, deben agradecer este importante servicio á la ciudad de Ayub; á no ser por ella, el glorioso reinado de sesenta y tres años de Jaime el *Conquistador*, hubiera terminado en su principio y las grandes empresas que durante él verificó, tan beneficiosas á la causa aragonesa, á la de la reconquista y á la de la cruz, habríanse visto indefinidamente retrasadas. Recompensóla el Rey con su cariño y con las frecuentes visitas que la hizo durante su vida, ya temeroso de los planes de su mal aconsejado hijo, ya de los del castellano, ya en fin, sin móvil ulterior alguno y por su sola voluntad.

Muerto Jaime en 1376 y nueve años mas tarde Pedro III que le sucediera, sin que en este período ocurriera hecho notable en Calatayud, en el de su sucesor Alfonso II hemos de señalar uno de importancia; la donacion que en la ciudad le hizo, del reino de Murcia, D. Alonso de La Cerda, en 1290.

Un año despues, el Monarca ya no existia y reemplazado por Jaime II, desposábase este en Calatayud con la infanta Isabel de Castilla, con cuyo motivo las fiestas y regocijos dispuestos por sus pobladores, testificaron su afecto al Monarca, como prestándole auxilio y exponiendo por él sus vidas lo habian justificado tiempo atrás, al primero de su nombre; tambien en ella se verificaron en diferentes épocas dos entrevistas entre aquel y Fernando IV el *Emplazado*, una con objeto de arreglar ciertas diferencias, y otra, para concertar la boda del infante D. Jaime, con la tierna infanta D.^a Leonor.

Segunda vez fue pasada Calatayud por el crisol la lealtad á los reyes, y mas pura aun si cabe que de la primera, salió de la segunda prueba. La guerra de la *Union* suscitada por los nobles y ciudades de Aragon y Valencia en 1342 contra Pedro IV que á la sazón reinaba, por haber querido hacer declarar sucesora del trono á la hija de su primera esposa con perjuicio de su hermano, sirvió de causa para ello.

Calatayud, Daroca, Huesca y Teruel permanecieron solamente al lado de D. Pedro; gracias á ellas pudo este sostenerse contra los nobles y las poblaciones rebeladas, á ellas debió la gloriosa jornada de Epila, y contando siempre con su apoyo, pudo, en 1348, hacer pedazos con su puñal el famoso *privilegio de la Union* que autorizaba á los señores á defender sus libertades con las armas, sustituyéndole con leyes sábias, una de las que creaba el cargo, despues célebre, de *Justicia Mayor*, superior al mismo rey.

Pero no bastaba esto; doble habia sido la idea de Alfonso I al interesarse del modo que lo hizo por Calatayud, y ya hemos visto que una parte de ella no se realizó de una manera muy satisfactoria; era por lo tanto indispensable que la ciudad acreditara que no fue culpa suya, si circunstancias especiales la obligaron un tiempo á entregarse casi sin pelear, al de Castilla, y que solo la mas extrema necesidad podia obligarla á entregarse á los enemigos de sus monarcas.

D. Pedro el *Cruel* fue el encargado de hacer resaltar el heroísmo de la ciudad, al ponerla cerco con poderoso y aguerrido ejército en 1362; grande era su empeño en poseerla á causa de su importante situacion y no menor el conato puesto por los de dentro en que así no sucediera, de modo que pasó algun tiempo en que combatiendo diariamente, ni unos lograban penetrar, ni hacer levantar el sitio los otros.

No olvidaba el Rey á sus fieles vasallos; antes bien envióles socorros acaudillados por el conde de Osona, pero habiéndole salido al encuentro muchedumbre de enemigos, su hueste fue derrotada y él hecho prisionero, empeorándose con esto la suerte de la ciudad sitiada, cuyos muros combatidos por no menos de diez y seis destructoras máquinas, estaban en cien puntos apuntillados, y cuyos defensores ó perecian en la pelea, ó se rendian al cansancio ocasionado por la larga y porfiada contienda que sostenian.

Las tropas del castellano traspusieron al fin los muros: su pendon ondeaba en el convento de Predicadores: sus proyectiles habian herido de muerte al Justicia Guillermo Dómir, y sin embargo, los de Calatayud retrocediendo palmo á palmo ni solicitaban rendirse, ni aun lo pensaban, prefiriendo morir honrados á vivir sin honra.

Entre tanto Pedro IV habia acudido en demanda de socorros al Monarca francés, quien demoraba el enviarlos, y sabedor de la situacion en que se hallaba la ciudad, no quiso dejar perecer á sus fieles vasallos, y á falta de tropas que les libertasen, les envió el permiso para entregarse al vencedor.

Solo entonces trataron estos de capitular; sus proposiciones fueron bien acogidas, túvose en cuenta su heroísmo y en 12 de agosto las huestes castellanas se posesionaban de Calatayud á condicion de dejar incólumes las vidas, haciendas y fueros de sus moradores.

Cuatro años dominaron la ciudad sus conquistadores, y ni el justo gobierno que en nombre del de Castilla ejerció Fernan Perez de Monroy, ni el estricto cumplimiento de lo estipulado, bastaron á hacerla olvidar que á un monarca aragonés debia el haber salido del poder sarraceno, y llena de alegría vió en 31 de marzo de 1366 como los soldados de D. Pedro el *Cruel*, temerosos de la aproximacion de las compañías francesas de Duguesclin, abandonaban su recinto devolviéndola su libertad.

Al mes de este suceso, Pedro IV hizo trasladar á ella las cortes, y temeroso sin duda, de que su conducta no hubiese sido tan leal y heróica como parecia, sometióla á exquisitas indagaciones que solo sirvieron para enaltecerla y para que deseoso el Monarca de hacerla olvidar su desconfianza, la elevara al rango de ciudad.

Y téngase en cuenta que fue tanto mas digno de loa el proceder de Calatayud cuanto que al ser sitiada por el de Castilla, se hallaba desde tiempo atrás dividida en dos bandos llamados de los Liñanes y los Sayas, que á pesar de su irritacion y encono, uniéronse en fraternal abrazo á vista del enemigo, solo renovaron sus luchas cuando este se hubo retirado; hicieronlo entonces con tal saña que las calles de la poblacion se tiñeron en abundancia de la generosa sangre de sus habitantes, á quienes una obcecacion funesta privaba de cordura. Las ambiciones despertadas por el interregno de 1310 pusieron mas de manifesto esta rivalidad, pues apoyando unas aspiraciones

los unos, solo por dar los otros la preferencia á las opuestas, la rabia recrudecióse, y nuevas y lamentables escenas tuvieron lugar en Calatayud, ocasionando no pocas desgracias las discordias y resentimientos de dos familias desatentadas.

En 1443, el infante D. Enrique, hermano de Alfonso V de Aragon, es inducido por el navarro á tomar parte en la contienda que este sostenia, apoyando á los nobles rebelados contra D. Juan II de Castilla, y encontrándose en Olmedo sus huestes con las acaudilladas por D. Álvaro de Luna, son aquellas derrotadas y el desdichado príncipe mal herido, va á morir á Calatayud donde es sepultado. Dos años despues presenció esta un espectáculo de muy distinta índole: las segundas nupcias del rey de Navarra con una hija del condestable de Castilla, y en 1461 se juró tambien en la ciudad al infante D. Fernando, fruto de este matrimonio.

Además de las cortes que con este objeto se reunieron, celebráronse otras en Calatayud, el año 1493, con objeto de votar unos recursos que eran necesarios en prevención de la eventualidad de una guerra con Francia en Sicilia; pero el empeño del Monarca en querer que fueran presididas por la infanta D.^a Catalina, hizo que se retrasara la concesión de dichos recursos, que no tuvo lugar hasta no desistir aquel de su empeño y venir en persona á la ciudad.

En 1515 las cortes de Calatayud son nuevamente convocadas y el objeto de su reunion, la exigencia de fondos para sostener la guerra contra los turcos; niéganse estas á la peticion del emperador, y de nada sirven las medidas que para imponerles empleó este, pues; si bien en 1519 tuvieron un momento de debilidad, súpoles mostrar su desagrado el pueblo, amotinándose acaudillado por Lasarte y Serra, y cerrando las puertas á los caballeros, comienza una série de luchas y desórdenes en los que no quedó muy bien parada la ciudad, y que se prolongaron hasta 1525, para renacer de nuevo á últimos de siglo, á la voz de Antonio Perez, el prófugo secretario de Felipe II.

Ciento diez años despues de las anteriores y bajo el reinado de Felipe IV reuniéronse por última vez las cortes de Calatayud, y en vano á partir de este hecho pediríamos á la historia que nos ilustrase sobre los sucesos en esta ciudad posteriormente acaecidos, pues inútiles fueran nuestros esfuerzos, á no venir á los mas modernos tiempos y hojear las páginas de esa gloriosa epopeya llamada guerra de la Independencia y de esa dolorosa y civil contienda que se denomina guerra de los siete años.

En Calatayud se hallaba el general Castaños con el ejército de Andalucía, victorioso en Bailen y otros puntos, cuando la noticia de la aproximacion de Napoleon con fuerzas considerables, obligóle á evacuarla, retirándose en buen orden hácia Sigüenza, donde llegó no sin haber conseguido un honroso triunfo sobre el general Mathieu que con diez mil hombres hostigaba su retaguardia al mando de Venegas, y que solo contaba la mitad de aquella cifra.

Posesionados de la ciudad los franceses, el mariscal Suchet determinó fortificarla y lo verificó en efecto, cual hiciera con otros lugares de Aragon, á fin de mantener en respeto á esta provincia mientras él emprendia el sitio de Tarragona; pero ni estas precauciones, ni el posterior refuerzo enviado á la guarnicion de la antigua *Bilbilis*, la libraron de caer en poder de las fuerzas que acaudillaban el Empecinado y Duran, quienes

no obstante carecer de artillería, la atacaron con tal arrojó que obligaron á rendirse á los quinientos sesenta y seis soldados de la guarnicion en muy breve tiempo, no tan corto sin embargo que no bastara á que los sitiadores derrotaran una columna que de Zaragoza venia en socorro de los enemigos.

El general Musuier, gobernador de esta ciudad, al tener noticia del hecho, marchó sobre Calatayud con cuantos hombres pudo haber á mano; pero su llegada, ni consiguió hacer retirarse á los españoles, ni le proporcionó la gloria de un triunfo ni el consuelo de ver libres á sus compañeros, pues ya prudentemente se habian aquellos retirado con los prisioneros; lo que no obstó para que apenas abandonaron la ciudad los franceses en direccion á los puntos de que habian salido, volvieran á ocuparla nuestras tropas, para dejarla segunda vez ante la noticia de una nueva aproximacion de Musuier.

Reforzaron de nuevo los franceses las fortificaciones de Calatayud de una manera tal que las varias tentativas hechas por nuestros generales y guerrilleros salieron todas fallidas, siendo la mas afortunada la que en 1812 verificó D. Ramon Gayan, en la que sino logró su objeto, hizo al menos prisionero al comandante del convento de la Merced, erigido en fuerte, y á sesenta soldados mas de la guarnicion. Las últimas derrotas de las hasta entonces invencibles huestes de Napoleon, obligándolas á abandonar nuestro territorio, nos devolvieron con otras cien poblaciones, á la ciudad de Ayub, que en la guerra civil solo se distingue por la momentánea estancia que en ella hicieron varios caudillos carlistas, sin lograr penetrar en el castillo ni conseguir de los vecinos los recursos que de efectos y dinero exigian, y teniendo que evacuarla siempre con apresuramiento por la llegada de fuerzas liberales.

Calatayud, patria como sabemos de Marcial, eslo tambien de los santos Iñigo y Paterno, de Lorenzo de Gracia, y de varios otros personajes ilustres; tiene por escudo de armas un hombre á caballo, sin estribos, que algunos creen sea imágen de san Jorge, el cual tiene en su mano derecha una lanza con banderilla y en ella estas significativas palabras: *Augusta Bilbilis*.

XIV.

De Calatayud á Zaragoza. — Armas antiguas. — Illueca y otros pueblos.

— Amigo D. Cleto, — exclamó Sacanell, sentado junto á sus compañeros en un cómodo vagon de primera clase del tren que se dirige á Zaragoza desde la capital del reino, — ¿tendria V. la bondad de explicarme la causa de que vayamos directamente á la ciudad *Invicta* y siempre *Heróica*, en vez de proseguir recorriendo los diversos partidos judiciales, ó por lo menos las poblaciones mas importantes del que ya habíamos comenzado á visitar?

— Si esta madrugada te hubieras despertado cuando te se llamó, estarias mas enterado, — se adelantó á decir Azara; — pero como te pareció bien no hacer caso de

nuestros gritos, cuando despertaste, solo hubo tiempo para hacerte marchar á la estacion apresuradamente.

—Yo os diré, me dolió anoche extraordinariamente la cabeza, y como dormíais, salí á tomar el aire sin querer incomodaros; así es que apenas pegué los ojos, y á las tres, cuando me llamásteis, acababa de dormirme; además...

—Basta, basta, ya estás suficientemente disculpado.

—Sea como fuere, la peticion es justa y voy á satisfacerla. Es el caso que nuestro viaje se prolonga demasiado y que de seguir el sistema hasta aquí empleado llegaríamos á Zaragoza despues de las fiestas del Pilar, que son dignas de verse; por lo tanto, he pensado que ahora la visitemos con la calma necesaria y asistamos á los regocijos con que celebra la capital la llegada del dia de su patrona, sin perjuicio de proseguir luego nuestras excursiones á los puntos mas importantes de la provincia, que aun no conocen Vds. Esto en cuanto á la primera parte de su pregunta; á la segunda le contestaré que si no hemos visitado otras poblaciones del partido de Calatayud, es simplemente porque pocas hay verdaderamente notables.

—Doy á V. mil gracias por su bondad y apruebo por completo el plan como creo lo habrán hecho ya mis compañeros.

—Sin su anuencia no me hubiera yo permitido nunca...

—Suprima V. lo de anuencia que suena á autoritarismo y diga mas bien que el proyecto que presentó fue aprobado por sufragio uniuersal...

—De vosotros tres, —concluyó Sacanell riéndose.

—Porque tú estabas durmiendo.

—Y ahora que no lo estoy pido que conste mi voto conforme al de la mayoría.

—Constará,—dijo técnica y lacónicamente Azara con gravedad cómica.

—Ahora que recuerdo, —dijo Castro; — hay un punto en que V. y yo no estamos de acuerdo, D. Cleto.

—¿Cuál si no hay inconveniente en decirlo?

—El de que no hay pueblo alguno importante en el partido de Calatayud, pues yo he oido nombrar mucho á uno.

—¿Cuál es?...

—Illueca.

—Pues verá V. que pronto estamos de acuerdo. En primer lugar que solo dije que habia pocos y en segundo que no habia hablado aun de ninguno. Mas ya que V. me indica Illueca, vaya por ella y escuche V. Illueca es una villa situada á la izquierda márgen del rio Aranda, que en trescientas y pico de casas alberga mil cuatrocientas almas, y tiene una Casa consistorial y una parroquia que nada ofrecen de particular, y solo el palacio del conde de Argillo reasume, aunque en muy mal estado, la importancia artística é histórica de la poblacion, en su fachada que adornan varios bustos romanos colocados dentro de nichos, en los platerescos portales de su interior, en el friso de góticos arabescos de la techumbre de la sala *Dorada*, y sobre todo, en los recuerdos que conserva del célebre papa Pedro de Luna, que bajo su techo nació, y en su recinto pasó no pocos años de su vida. Á esta circunstancia se debe sin duda

el que V. haya oído repetir el nombre de Illueca, y que le viese escrito en alguna obra; pero sobradamente su buen criterio comprenderá que no es bastante para decirnos á visitarla, pues si hubiéramos de hacerlo con todos los puntos que se hallasen en igual caso, ya teníamos larga tarea; porque tan rica en monumentos y recuerdos es nuestra patria que apenas hay mal lugar que no guarde en su seno una obra de arte que admirar, y la memoria de un hombre ilustre ó de un glorioso hecho.

—Vamos está visto que cuando V. hace ó dice una cosa no hay mas que inclinar la cabeza y decir *Amen*, so pena de exponerse á una vergonzosa derrota.

—Eso consiste en que D. Cleto no procede nunca desatentadamente, sino con toda calma y madura reflexion,—observó Pravia.

—Ustedes me elogian inmerecidamente; si pienso y me fijo antes de decir ó hacer algo no es por virtud, sino por amor propio; para no haber de rectificar ó arrepentirme luego exponiéndome á la censura de los demás.

—Añade, Pravia, que sobre ser nuestro Mentor sesudo y cuerdo, es tambien modesto en grado superlativo, y aun así no habrás enumerado todas sus buenas cualidades.

—Señores, por Dios, si de este modo hemos de continuar...

—Vaya, ya dejamos de elogiar á V. como se merece, puesto que le causa disgusto.

—Y yo á mi vez voy á citarles un hecho referente á nuestra anterior conversacion sobre Illueca que á la par de interesarles, les causará la misma indignacion que en mí produjo su relato,—dijo D. Cleto á fin de alejarles por completo de la cuestion.

—Veamos ese hecho, pues me han inspirado curiosidad sus palabras,—expuso Azara.

—Es relativo á una de las grandes figuras de los siglos XIV y XV, que hemos mencionado no ha mucho, al antipapa Pedro de Luna; al hombre que, creyéndose con derecho á llevar la tiara, negóse siempre á deponerla, y durante veinte y nueve años ya apoyado por Aragon, Castilla y Francia, ya desamparado por todos tres reinos mantúvola con firmeza en sus sienes así en el pontifical solio de Aviñon, como en el encierro de Peñíscola donde tuvieron fin sus dias, el año 1423.

—¿Es de su vida el suceso que nos va V. á referir?

—No por cierto: hace referencia á época muy posterior á su muerte. Siete años despues de acaecer esta, sus restos mortales fueron trasladados á Illueca y sepultados en el palacio donde viera la primera luz; conservándose allí mirados con respeto por los vecinos y cuantos el lugar de su sepulcro visitaban, hasta que llegada la última invasion francesa, las *disciplinadas* huestes de Napoleon sin detenerse ante ninguna consideracion divina ni humana y mirando solo á su codicia, no vacilaron en profanar su sepulcro, y lo que es mas inicuo, en esparcir sus huesos y aventar sus cenizas; la cabeza de Benedicto XIII que tal fue el nombre que tomó al subir al pontificado, anduvo rodando por las orillas del Aranda, cuyas aguas la respetaron, hasta que por fin la recogió un habitante del cercano pueblo de Saviñan.

—Verdaderamente que fue indigna la conducta de los franceses.

—Ciertamente, y lo peor es que como ese, se cuentan cien y cien abominables he-

chos llevados á cabo en nuestra patria por los soldados de una nacion que pretende marchar á la cabeza de la civilizacion.

—No basta pretender, es necesario probar, y preciso es convenir en que muchas veces léjos de hacerlo así, ha demostrado lo contrario.

Al acabar de pronunciar estas palabras la llegada á una estacion interrumpió momentáneamente el dialogo, y le dió nuevo giro.

—¡Morés! dos minutos, — gritaban los empleados.

—Hola, — dijo D. Cleto, — ¿en Morés estamos?

—Sí, — afirmó Pravia, consultando al Indicador de los caminos de hierro que en la mano tenia; — distraídos con la conversacion hemos pasado Paracuellos sin advertirlo.

Y hubiera sentido hacer otro tanto con Morés; porque vean Vds. que pintoresca situacion ocupa el pueblo al pié de ese caprichoso risco, aun cuando amaneciendo como está poco podrá ver.

—Algo se distingue.

—Y si no me engaño, en la cima de esa roca hay un castillo.

—Famosa vista tienes, Sacanell, pues yo por mi parte solo veo contornos vagos y confusos.

—Y Morés pertenecerá sin duda al partido judicial de Calatayud, — observó Pravia.

—Cierto, pero nada ofrece de particular; es como Saviñan, Sastrica ó Séstrica y otros pueblos, que fuera de su posicion, carecen por completo de aliciente.

Cumplido en esto el tiempo de parada el tren, se puso de nuevo en marcha.

Nuestros amigos echaron una última mirada al pueblo de que se alejaban y continuaron luego su conversacion, que durante algunos minutos giró sobre asuntos de ninguna entidad, hasta que Castro exclamó:

—Ahora que pienso, D. Cleto, bien podria V. continuar la descripcion de las armas y máquinas antiguas que empezó á hacernos el otro dia.

—Es verdad, que ninguno nos hemos vuelto á acordar de ello.

—Puesto que lo desean, lo haré de buena gana, y explicaré á Vds. las máquinas de embestir y demoler fortalezas, que conozco.

—Vaya por las máquinas de embestir y demoler.

—No poca era la utilidad que prestaban las llamadas *galerías cubiertas*, especie de chozas de unas siete varas de largo por tres de ancho, fabricadas con zarzos y colocadas sobre ruedas, cuyo objeto era poner en comunicacion las torres, las *testudos* y otras varias máquinas.

—¿La *testudo* no era tambien una galería cubierta, D. Cleto? — interrogó Pravia.

—Sí, pero se diferenciaba de esta en que llevaba un alero ó pantallas y en que su objeto era resguardar á los trabajadores que se adelantaban á allanar el terreno que habian de recorrer las máquinas de demolicion y tambien proteger á estas mismas máquinas; así vemos que bajo su amparo iba siempre el formidable *ariete*, que era una viga de longitud variable que oscilaba entre veinte y cincuenta varas, á cuya extremidad se colocaba primeramente una barrena de gran potencia que empezaba á abrir brecha en las murallas, y despues una masa de hierro ó bronce en figura de

una cabeza de carnero, de donde le vino su denominacion, con la cual se terminaba la obra de destruccion.

—No estaba mal ideado, y preciso es reconocer que no eran tan tontos los antiguos como se les cree en nuestros tiempos.

—Diga V. mas bien, como los creen los ignorantes; el hombre estudioso, el que exento de preocupaciones y de un exagerado apasionamiento en pro de los modernos adelantos, investiga los arcanos del tiempo pasado, encuentra en la antigüedad grandezas sin cuento que admirar, ejemplos que aprender y genios que harian inclinar la enhiesta cerviz á mas de una celebridad contemporánea.

—Diablo, D. Cleto, se va V. haciendo un oscurantista de primera fuerza.

—No por cierto amante soy del progreso, pero me gustan las cosas en su lugar y me exalta oír á imberbes mozos apellidar siglos de ignorancia á los en que florecieron hombres de la talla de Platon, Sócrates y Demóstenes; en los que hubo poetas como Esquilo, y como Virgilio y Horacio: en los que brillaron artistas como Fidias: en los que, finalmente, tuvieron origen multitud de instituciones que engalanadas hoy con nuevos nombres, queremos atribuirnos y nos envaneecemos con ellas. Aunque solo debiéramos á los antiguos el fundamento de los idiomas que se hablan en la superficie del globo, aunque solo nos hubieran legado esa legislacion cuyos grandes lunares, que soy el primero en reconocer, no han bastado á amenguar su magnificencia y sabiduría, ni á impedir que en ella estén basados los códigos de las naciones modernas mas civilizadas, nuestro agradecimiento habria de ser infinito, y lejos de querer rebajarlos, vilipendiarlos y desconocerlos, deberiamos mostrarnos orgullosos en tenerlos por ascendientes.

—Bravo, bravísimo; es V. un segundo Demóstenes, — dijo Azara con su habitual buen humor.

—Verdaderamente que sus argumentos son de gran peso, y mas de uno de esos que parecen poseidos de hidrofobia contra todo lo que huele á antiguo se veria en un brete para rebatirlos, —expuso Sacanell.

—Y al cabo no los rebatiria, dijo Castro; porque es necesario convenir en que D. Cleto es, como dice el vulgo, un pozo de ciencia.

—Yo por mi parte hace tiempo que he convenido en ello.

—Y yo.

—Y...

—¿Empiezan Vds. de nuevo con sus alabanzas? pues prosigo describiendo las máquinas que han motivado esta digresion.

—Y nosotros escuchamos ya religiosamente.

—Si terribles eran los efectos de la testudo, superábanles de mucho, los producidos por el *helépolo*, torre cuadrada construida de abeto ó pino, muy elevada, y cuya base tenia el lado igual al tercio de la altura. Un tejido de cuerdas ó crin, ó bien una cubierta de zarzos y mimbres verdes, resguardaban su frente y costados de los golpes del enemigo, y protegidos por ella se aproximaban á la muralla dentro de sus doce ó quince pisos multitud de soldados y varias máquinas destructoras, entre ellas dos arie-

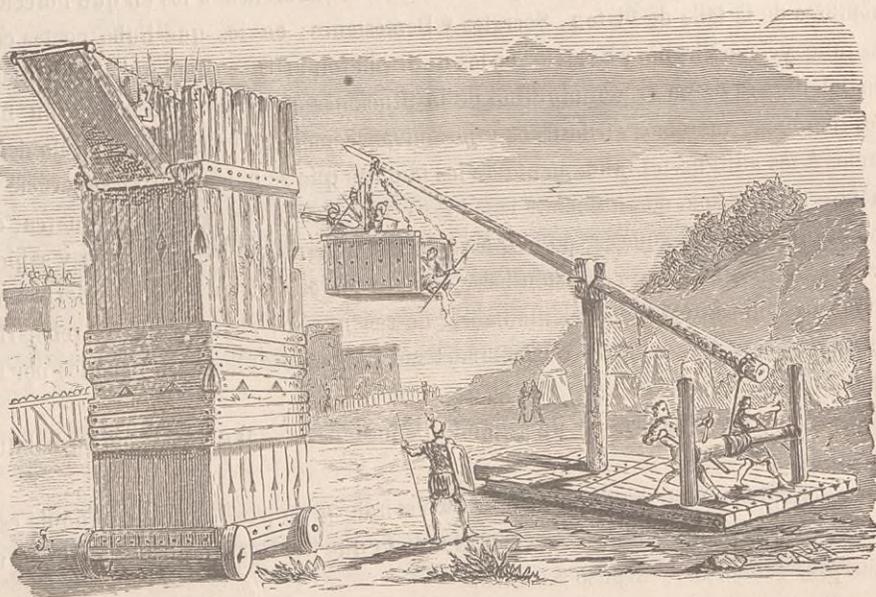
tes que rodando sobre polines iban en el piso inferior; esta torre tenia además á la altura del muro, un puente de corredera que permitia el paso desde aquella á este.

—¡Famosa máquina!—exclamó Castro.

—Pues oigan Vds. otra que no le va en zaga.

—Veamos, veamos,—dijeron los cuatro vivamente interesados.

—Llamábase el *tonelon*, y consistia en una gran palanca que se apoyaba en una viga de mas elevacion que la muralla atacada, y en uno de cuyos extremos iba un cajon, en el que hallaban cabida hasta una veintena de soldados; bajando dicha palanca por el extremo opuesto, el cajon subia á la altura del muro, donde saltaban los que iban dentro despues de haber disparado sus armas á fin de facilitar el acceso (1).



Helipolo ó torre cuadrada y el Tonelon.

—Tambien es notable el *tonelon*; y á la verdad que no dejaria de ser pintoresco ver enviar cajones de soldados á las murallas como si fuesen fardos de mercancías.

—Pues lo que es á los sitiados no les parecia tan pintoresco.

—Á buen seguro, pues entre las máquinas ya citadas, la *escala de asalto* y las *ci-güeñas de zarpa y garfios*, se veian bastante apurados para sostenerse.

—Vamos por partes, que á mí me gusta mucho el orden,—dijo Sacanell,—¿era la *escala de asalto* como las modernas?

—Nada de eso: la á que yo me refiero, tenia unos sesenta piés de largo por seis de ancho y terminaba en una plataforma de extension suficiente para veinte hombres,

(1) El grabado que va adjunto facilitará á los lectores la comprension de estos detalles.

hallándose toda ella defendida con faginas ó sacos de lana ó pelo que servian de *manteletes* á los que por ella subian.

—Entre paréntesis, ¿qué eran *manteletes*?

—Unos escudos de mimbres detrás de los cuales disparaban los arqueros al abrigo de los tiros enemigos.

—Otra pregunta: ¿cómo se manejaba la escala de asalto? porque tal como V. la ha descrito debia ser una mole bastante pesada.

—Y lo era en efecto, pero se transportaba en un carro, y para facilitar su elevacion á la altura conveniente se apoyaba en un larguero horizontal colocado entre dos piés derechos.

—Ya veo que era la escala una máquina perfecta; ¿y las cigüeñas en cuestion?

—Pregunton por demás está Pravia.

—Vamos, Castro, que si yo no hiciera estas preguntas creo que no faltaria quien llenara mi lugar, pues á todos poco mas poco menos nos interesan las noticias que D. Cleto con tanta bondad nos proporciona.

—Bondad de que nosotros abusamos á cada momento.

—Nada de eso, señores; lo que hago es para mí, no un trabajo, sino un verdadero placer, y en prueba de ello que voy á satisfacer la curiosidad de Pravia. Las cigüeñas de garfios eran una larga asta de madera, á cuyo extremo iba un garfio de hierro y que se apoyaba en una armazon conducida por un carro: la cigüeña se manejaba por el extremo opuesto al en que estaba el harpon, y servia para arrancar ya trozos de las almenas, ya los manteletes con que se cubrian los enemigos, ya, en fin los lazos con que estos procuraban sujetar las férreas cabezas de los arietes; en cuanto á las cigüeñas de zarpa eran solo una variedad de las anteriores, diferenciándose en que el garfio estaba reemplazado por una tenaza con la que sujetaban y elevaban el objeto que querian destruir.

—No sé como agradecer su amabilidad, —dijo Pravia apenas terminó de hablar D. Cleto.

—De ninguna manera, porque no merece la pena, —contestó este.

—La verdad es, —observó Azara, —que las armas de los antiguos eran por lo menos de tan terribles efectos como las modernas.

—Y las guerras mas sangrientas, —añadió Castro.

—No puedo creerlo, —exclamó Pravia.

—Pues haces mal porque es verdad.

—¡Cómo! ¿querrás sostenerme que por destructoras que fuesen las armas antiguas producian efectos mas destructores que el fusil aguja, el cañon Amstrong, el Krupp, y tantas otras máquinas como hoy llevan la muerte al seno de los ejércitos beligerantes?

—Ya se ve que lo sostengo, porque si en un combate la mortandad es mayor en nuestros tiempos, como las guerras son mucho mas cortas, son menores las pérdidas experimentadas por las naciones contendientes.

—Sin embargo... —insistió el gallego.

—No le quepa á V. duda, Pravia, —dijo D. Cleto; —Castro tiene razon y V. se convencerá de ello á poco que se fije.

Inconfeso parecia aquel á juzgar por sus ademánes, y aun seguramente hubiera vuelto á oponer argumentos á la asercion del andaluz; pero la llegada á una estacion sirvió á D. Cleto para distraer su atencion de la polémica: dicha estacion era Épila.

—Hombre, hombre, exclamó, ya en Épila; en la antigua *Byspolis*.

—Ese nombre suena á griego, —dijo Sacanell.

—Y lo es efectivamente; de su corrupcion vino *Ispalis*, y de esta su denominacion actual, con la que se hizo célebre en la famosa guerra de la *Union*, entre D. Pedro el del *Puñalet* de Aragon y sus rebeldes nobles.

—Tambien ocupa bonita posicion esta villa.

—Con efecto, ese monte á cuyo pié se halla, forma un fondo oscuro en el que se destaca la blancura de sus quinientas casas que dan albergue á mas de mil cuatro cientos vecinos; y el Jalon que pasa por su lado, completa la armonía del cuadro.

—¿Sabe V. que estamos ya como quien dice en Zaragoza?

—Sí, y á la verdad que siento no haber advertido nuestra llegada á Ricla y Calatorao, que con Morata y Salillas hemos dejado atrás, para que hubieran podido contemplar en la primera, tan grande pero menos populosa que Épila, el lugar donde tuvo asiento la antigua Nertóbriga, famosa por la resistencia que opuso á los romanos en union de otros pueblos de la comarca; y admirar en la segunda el hermoso panorama que ofrece, colocada en una pequeña altura y dominando una dilatada y frondosa vega, pues aunque pretende disputar á Ricla la gloria de haber sido cuna de la ciudad sujeta por Metello, las mas eruditas investigaciones, han dado por tierra con todas sus pretensiones en este sentido.

—Y ¿cuál era el fundamento de esta divergencia?

—Algunas medallas y otros restos romanos que en el término de Calatorao se encontraron, y en algunos de los cuales constaba el nombre de Nertóbriga; pero aparte de que otros monumentos de mayor fuerza han venido á dar la preferencia á Ricla, quitando todo su valor en este sentido á los hallados en la otra villa, cuya presencia se explica por la proximidad que hay entre ambas, el nombre solo de la última es para los filólogos prueba suficiente.

—Bien ha dicho V.; para los filólogos, porque lo que es yo, que no lo soy, no veo la analogía que haya entre Nertóbriga y Ricla, —dijo Pravia.

—La verá V. con solo hacer una aféresis en el primer nombre y dejarlo reducido á Riga, pues la corrupcion de este en el actual se aplica fácilmente.

—Es cierto, pero convenga V. en que á primera vista no es fácil hallar la procedencia.

—Ya damos vista á Rueda, —dijo á la sazón Castro.

—Creí que ibas á decir á Zaragoza, y me habia alarmado.

—Pues no crea V., dentro de una hora estaremos allí.

En aquel momento el tren paraba frente á la estacion nombrada por el andaluz.

— Vean Vds., dijo D. Cleto, ¿quién dirá que ese grupo que no llega á cien casas fue un tiempo poblacion de importancia?

— Verdaderamente, que ha de haber decaido extraordinariamente.

— Pues en tiempo de los árabes fue famosa con el nombre de *Ruta* ó *Rota*; en el último tercio del siglo XI pertenecía á un hijo del emir de Zaragoza, *Ab-el-Melek*, que se llamaba, si no me equivoco porque el nombre es bastante enrevesado, *Giafar Amad-Sayfeldanlah*, que otros denominan *Ebu-Talash*.

— Vamos este nombre ya es mas fácil.

— Y sobre todo mas breve; lo que es el primero el diablo que lo retenga.

— De fijo que lo retendrá en union del que lo llevó en este mundo.

— ¿Tan malo era?

— Juzguen Vds. por este hecho: hallábase en Rota el año 1084, y envió un mensaje á Alfonso VI que ceñía la doble corona de Castilla y Leon, invitándole á que viniera á la ciudad pues se hallaba dispuesto á entregarla; la importancia de esta y lo inmotivado del ofrecimiento hizo que le mirase el Monarca con recelo, y los tenebrosos planes del mahometano quedaron frustrados; pero repetidas las ofertas al rey de Navarra, este mas incauto, cayó en la red, y cuando dos hijos suyos con no pocos valientes capitanes se adelantaban confiados á las puertas de la población y los musulmanes hacian lo propio en ademan de hacer la entrega, cambiando de pronto de continente, arrojáronse sobre los cristianos que no esperando semejante acometida perecieron alevosamente asesinados.

— ¡Qué infamia!

— Es una traicion abominable.

— Digna de los descendientes de *Caleb-ben-Hafsun*, y tantos otros bandidos, que no otro nombre merecen, y que asolaron nuestra patria durante la dominacion árabe.

— Una duda se me ocurre D. Cleto, — dijo Castro.

— ¿Y cuál es?

— Que si mal no recuerdo, el P. Mariana coloca á Rota junto al Guadalquivir.

— Cierto, y da á Ebu Talash el nombre de Zafatola, pero este es uno de los muchos errores en que incurrió el venerable historiador, que se han encargado de probar y corregir los escritores mas modernos. Si Rota hubiese estado donde Mariana supone, mal hubiera podido años despues del suceso que he narrado, tomar posesion de ella Alfonso el *Batallador*, por haber obligado á entregársela á Abd-el-Melek que en ella habia establecido su corte.

El pito del tren anunció la llegada á Plasencia, que como la anterior poblacion se distingue con el epíteto de *Jalon*, para no confundirlas con otras de su mismo nombre.

Nada de notable ofrece esta villa compuesta de unas doscientas casas, pero en aquel momento desvaneciéronse las nubes que empañaban el horizonte, y el astro del dia mostró su brillante disco en toda su magnificencia, lo que hizo exclamar á Castro.

— ¡Qué cosa tan bella es la salida del sol!
— Como lo es su postura; como lo es la aparición de la luna; como lo son, bien considerados, todos los fenómenos de la naturaleza.

— Convengo en ello, pero á mí el que nos ocupa me deja una impresion muy grata cuantas veces lo presencio.

— Pues yo prefiero contemplar una puesta de sol.

— Tambien me gusta, pero el efecto que me causa es diferente; la salida del astro me deja un sentimiento de grandeza, de majestad, mientras que su postura me produce una impresion agradable, pero melancólica.

— En cuya melancolía irá regularmente mezclado el recuerdo de Antonia.

Al ver el gesto que hizo Castro cuando escuchó este nombre de los labios del festivo Azara, todos incluso D. Cleto, no pudieron menos de reirse.

— Grisen, un minuto, — gritaron los empleados de la estacion oportunamente para evitar alguna ligera cuestion entre los dos amigos.

Y no fue ciertamente porque la poblacion, de unas doscientas almas, ofrezca nada de particular, sino porque es tal la condicion humana que el menor incidente basta para dar un nuevo giro á las ideas.

Así es que tomándole las de D. Cleto y sus compañeros, cuando tras la breve detencion anunciada volvió á emprender la marcha el tren, ya no se habló mas del asunto, y disertando sobre varias cuestiones, llegaron á la última estacion de la línea: las Casetas, pueblo formado por una agrupacion de varias casas en las que moran sobre ciento veinte habitantes.

— Ahora si que podemos decir que estamos á las puertas de Zaragoza porque dentro de algunos minutos nos hallaremos en ella.

— ¿Minutos tan solo? — dijo Pravia.

— Consulte V. al Indicador, — contestó simplemente D. Cleto.

Hízolo aquel así y al cabo de un instante dijo:

— Veinte y uno faltan nada mas.

— Y ¿á qué fonda quieren Vds. ir, cuando llegemos, á la del Universo ó á la de Europa?

— ¿Qué es eso de fonda? — dijo Azara; — ¿por ventura no tengo yo una casa en Zaragoza?

— Cierto, pero somos muchos, y la molestia...

— Para todos hay sitio, y en cuanto á incomodidad mis amigos no la causan nunca á mi familia.

— Muchas gracias, — dijeron todos.

— Pues no se hable mas del negocio.

Y así se hizo, cambiándose entre los cinco compañeros algunas insignificantes frases, hasta que la silüeta de la ciudad término de su viaje, destacándose en el horizonte, hizo prorumpir á Azara en exclamaciones:

— ¡Ah! hé aquí á Zaragoza; hé aquí mi ciudad, mi hermosa cuna.

Todos al escuchar estas frases volvieron la vista en direccion á ella, y satisfecha su

curiosidad, como prosiguieran las exclamaciones de júbilo del aragonés, no pudo menos de decirle en tono irónico Castro:

—Parece que el amor patrio ha dado al traste con tu burla sempiterna; ¿no estaria bien que ahora nosotros te embromáramos por ese exagerado entusiasmo?

—Embroma cuanto quieras; pero, lo confieso, la vista del lugar de mi nacimiento me causa una alegría extraordinaria.

—Pues ahora se aumentará porque va V. no solamente á verle sino á pisar su suelo,—dijo D. Cleto al silbido de la locomotora que avisaba su llegada á la estacion.

Con efecto, dos minutos mas tarde, el tren detenia su marcha y nuestros cinco amigos eran conducidos por un carruaje á la casa de Azara, elegante edificio situado en la magnífica calle del Coso.

XV.

Situacion de Zaragoza.—Su término, producciones é industria.—Comercio y caminos.

Entre los 41° 38' 19" de latitud N. y los 2° 47' 21" de longitud oriental, confada desde el meridiano de Madrid; á la derecha margen del impetuoso Ebro y rodeada de una extensa, fértil y hermosísima vega, ostenta Zaragoza sus coloreadas cúpulas y plomizos botareles.

Apenas se posa en ella la planta, sus estrechas calles que contrastan con la altura de sus edificios y la espaciosidad de sus plazas; sus elevadas torres, sus suntuosos monumentos, llaman la atencion y embargan el ánimo de un sentimiento indefinible, mezcla de admiracion y respeto.

Y es que Zaragoza sin tener el carácter exclusivamente romano, cual Tarragona, ni gótico como Toledo, ni como Granada árabe, conserva preciados recuerdos de las épocas árabe, gótica y romana, completados y como embellecidos por la mas reciente memoria de sus preclaros hechos en la gloriosa guerra de la Independencia.

Pocas ciudades envanecerse pueden con una tan honrosa historia: menos aun las que la cuentan no interrumpida desde los mas remotos tiempos hasta nuestros días.

Hay en la vida de todos los pueblos un momento en que la tradicion se corta: la oscuridad sucede á la luz, y sea efecto de una terrible catástrofe ó resultado de una atonía completa, el nombre con que eran designados se borra de los universales fastos, para reaparecer al cabo de un periodo mas ó menos largo y con una mayor ó menor modificacion que corresponde por lo general á un cambio en el modo de ser del pueblo que representa.

Zaragoza forma una de las escasas excepciones de esta regla: ya la gobiernen los Césares ó los monarcas godos, así obedezca a los emires como á los reyes de Aragon, bajo el dominio de la casa de Austria ó regida por los Borbones, ni un solo instante decae su importancia; ni un momento solo permanece en el olvido: por el contrario, aumentada sin cesar con nuevos laureles su envidiable corona, pudo decir al francés

en su última y terrible catástrofe: «No al impulso de tus armas caigo, sino abrumada por el peso de mi propia gloria.»

Tal es Zaragoza: tal es la heroica ciudad trazada á grandes rasgos que poco á poco irán precisándose hasta dar un exacto y minucioso conocimiento de ella.

Su término confina al N. con los del ant. Castellar, Zuera y San Mateo de Gállego; al N. E. con los de Leciñena y Perdiguera; al E. con los de Alcubierre, Monegriello y Tarlete; al S. E. con los de Mediana, Roden, Fuentes de Ebro, la Puebla, la Puebla de Alfinden y Alfajarin; con los de la Puebla de Alborton y Belchite al S.; con los de Urrea de Jalon, Rueda de Jalon y Épila, al O., y al N. O. con los de Sobradiel, Marlofa, La Joyosa, Pinseque, Alagon, Peraman, Bárboles y Bardallur.

Este término se subdivide en otros varios, á saber: el de Manublas, Malpica y el Saro, limitado por las tierras de Villamayor, Puebla de Alfinden, carretera de Barcelona y acequia de Urdana; le riega una hijuela procedente del rio Gállego, denominada Camarera, y hay en él viñas, olivos, tierras de labor y algunas incultas.

El de Urdana, en que se incluyen la Vireina y Jarandin formado por los mismos laboreos que el anterior y regado por otra acequia de su mismo nombre que igualmente se origina del Gállego.

El de Rabal, inclusos Cascajo, Pasaderos y las Navas, fertilizado por una acequia que de él toma su denominacion, y procede de igual rio que las ya citadas.

El de Almozara, cuya acequia se origina del Jalon. No así la del de Mozamfal que debe sus aguas al Huerva, á semejanza de la que recorre el de Alfaz.

El término de Miralbueno, en que va incluido el de Garrapinillos, es el mas extenso de todos y su fertilizacion está encomendada á las aguas del *Canal Imperial*, que tan buenos servicios presta á la comarca entera, y que asimismo surte del liquido elemento á los de la Romarera, de las Fuentes y Adulas, del Plano de las Fuentes y Cartuja, de Miraflores y Abulas, y de Rabaleta, incluyendo en este último el de Cabaldos.

Todos estos términos ofrecen una vista hermosa, así por lo abundante y ameno de su cultivo, como por las muchas quintas de recreo que por todos ellos se ven esparcidas y que los convierten en un dilatado paseo.

Abundantes, ricas y variadas son las producciones del territorio zaragozano; aparte del trigo, la cebada y demás cereales; de multitud de hortalizas y legumbres exquisitas, las cosechas de aceite y vino son tan numerosas que de uno y de otro se surte toda la comarca, y á pesar del gran número de molinos que de el primer artículo existen, no son suficientes á convertir en liquido toda la aceituna que dan la muchedumbre de verdes y frondosos olivos, esparcida especialmente por las márgenes de los rios Ebro, Gállego y Huerva.

Tambien las frutas son exquisitas, y entre ellas se distinguen los melocotones, ciruelas y peras de varias clases, y granadas; abundando igualmente la morera, que produce hoy dia muy buenos resultados. La falta de suficiente número de maderas de combustible, está sobradamente compensada con la abundancia de pastos en los que se mantiene gran número de cabezas de ganado lanar, algunas de cabrío y pocas del asnal, caballar, mular y vacuno; los bosques que hay, abundan en conejos, liebres y

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un examen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad.—Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edición ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los asuntos tratados en la obra.

Consta de dos abultados tomos en 4.º mayor, con 26 láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en relieve. A los señores que no les convenga adquirir la obra de una sola vez, se les proporcionará por entregas, dejando á su voluntad las que gusten tomar semanalmente hasta que posean las 96 en que está dividida, siéndoles servidas con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, y cuyo precio es de UN REAL cada entrega de 16 páginas.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Van publicadas 22 entregas á 5 rs. una; facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir las entregas á su comodidad.—Se reparte por ahora una mensual.

El remordimiento, ó la fuerza de la conciencia.

novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Esta obra se publicará en dos tomos de regulares dimensiones en 4.º, al precio de medio real la entrega de ocho páginas en toda España, y a tornada con veinte preciosas láminas en boj, representando los principales asuntos de la obra, las que serán regaladas á nuestros suscritores en el decurso de la publicacion.—Salen cuatro entregas semanales.

Puntos de suscripcion y venta.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscritores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en Sellos de franqueo, Libranzas del Giro mútuo, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.